



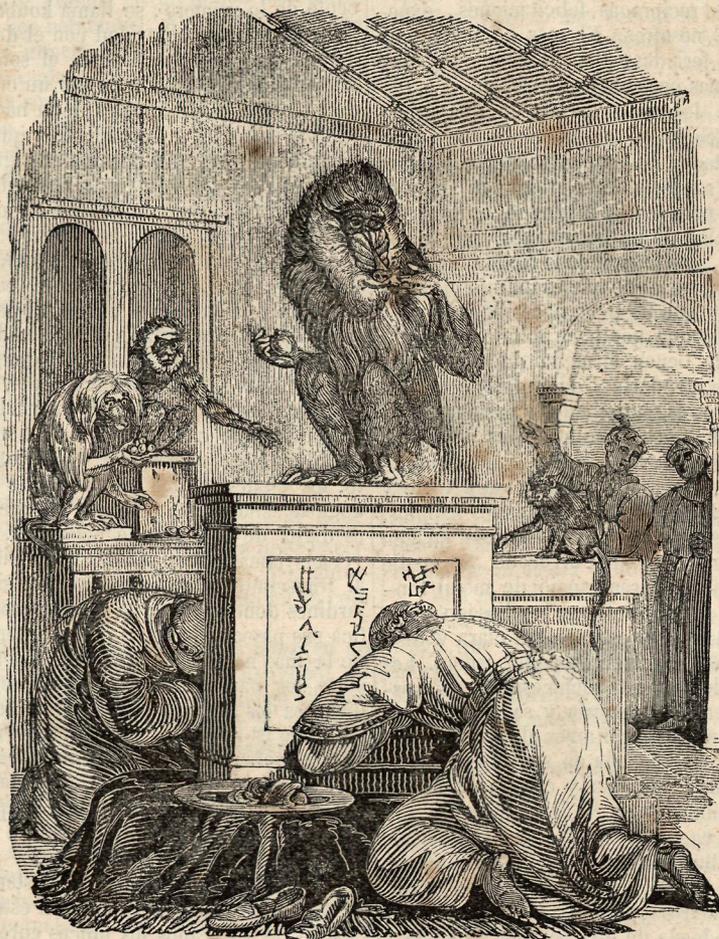
Calco de un relieve japonés representando habitantes de todas clases.

Ni los hombres ni las mugeres llevan nada en el cuello: los primeros descubren una parte del pecho, pero cuando hace frio la cubren, cerrando la parte superior de su *chauri*. En este pais no se conocen los guantes; si tienen frio se bajan las largas mangas y en ellas se meten las manos: solo usan gorros en tiempo de lluvia ó cuando hace un calor excesivo: son de tan pequeñas formas, que apenas llegan hasta donde comienza el cabello; y las orillas ó caídas, que son muy anchas, se ponen levantadas; los sujetan con unas cintas á la barba, sin lo que continuamente se estarian cayendo. La gente del pueblo lleva gorros de paja y

personas distinguidas son negros; solo usan el color blanco para trages de luto.

Las casas se construyen de madera; tienen ordinariamente dos pisos y están blanqueadas por fuera. No tienen chimeneas; pero se caldean las habitaciones con carbon, dispuesto de modo que no incomode. Las esteras que cubren el suelo sirven de asiento por el día y de cama por la noche, cubriéndose en este caso con una especie de colcha de algodón. Los aposentos están formados por biombos que hacen las veces de tabique.

Los japoneses tienen amor á las ciencias, y las



Idolos del Japon.

los ricos de cuero y aun de madera barnizada; algunos los usan hasta dorados.

Los japoneses salen con gusto sin nada en la cabeza aun cuando haga un día despejado, y caliente el sol: cuando los rayos de este astro comienzan á molestarles se preservan con un abanico que no dejan nunca en el estío, y aun algunos llevan dos. Cuando no se sirven de este mueble le cuelgan á la cintura con el tintero y porta-lapicero: llevan ademas una cartera provista de papel, dinero y algunos medicamentos, sin lo que ningun japonés saldria de casa.

El color dominante es el negro; los vestidos de las

cultivan con la propia fortuna que los chinos. Aunque las lenguas de ambos paises son distintas, los libros son comunes á los dos, lo que hemos indicado ya y explicado al hablar de la China, por lo cual en el Japon se usan los mismos caracteres, escritura é imprenta. Su idioma es de un mecanismo tal, que no se parece á ninguno de los europeos; carece de la letra *e*, y en cambio tiene otros sonidos que nos seria á nosotros absolutamente imposible espresarlos. La astronomia se estudia tambien en el Japon, donde es asimismo tan útil por la excelencia de la ciencia propia, como por la supersticion en que ha hecho caer á la mitad del gé-

nero humano de que los acontecimientos de la tierra se marcan en el cielo.

Los japoneses miden su año por las lunas, por lo cual los tienen de doce y de trece meses. El día y la noche tienen cada una doce horas; el día empieza á las seis de la mañana, y la noche á las seis de la tarde, lo que es tan razonable como que concluya y empiece el día á media noche. El año comienza en una época que corresponde al principio de marzo entre nosotros, es decir, en el momento en que la naturaleza parece despertar y renacer. El primer día del año se señala por una gran fiesta, para la cual se viste todo el mundo lo mas lujosamente que puede, y aquella fiesta va acompañada de recíprocas felicitaciones, exactamente como entre nosotros. El mes no tiene para ellos sino dos días feriados, uno al principio y otro á la mitad: los demas pertenecen al trabajo.

La religion del Japon se divide en dos grandes sectas, la de Sinto y la del budhismo, con el nombre de Boutsdo. Los sectarios de la primera reconocen un ser supremo, que reina en lo mas alto de los cielos; pero cuya magestad es tan elevada que no se percibe de los homenajes y adoraciones que se le rinden, por lo cual no le rinden ninguna, persuadidos, por otra parte, de que es infinito el poder de su providencia, y que no tiene necesidad de oraciones para darnos lo que nos hace falta y hacernos justicia. La idea que tienen formada de Dios es tan grande que temerian ofenderle y degradarle con prestacion alguna de nuestros sentimientos y pasiones mezquinas. A las divinidades subalternas es á las que prestan culto y homenaje, divinidades que son infinitas, y cuya mision es velar por el universo y verlo y oirlo todo. A ellas, pues, están dedicados los templos, en cada uno de los cuales no se ve sino una imágen pequeña, símbolo de la divinidad invocada. En medio del templo suele haber un gran espejo de metal fundido, que anuncia á los hombres que los dioses ven los pecados que se ocultan en el corazón tan clara y distintamente como ellos su imágen en aquel espejo. Los japoneses devotos llegan hasta dicho espejo, se prosternan ante él, elevan su plegaria y se retiran con modestia y silencio, no sin hacer antes alguna ofrenda, y tocando una campana colocada en su tránsito. Reconocen la inmortalidad del alma y creen que las de los hombres justos habitarán en el cielo, mientras que las de los perversos vagarán errantes por el espacio.

Los sectarios de Budha reconocen tambien un ser supremo que llaman Amida, aunque lo acompañan de un genio malo y poderoso, nombrado Iemma. Una figura gigantesca, rodeada de una porcion de figurines, representa á sus ojos la divinidad suprema cercada de las inferiores.

El alma, segun su opinion, es inmortal, y despues de la muerte del cuerpo será castigada ó recompensada segun sus méritos, estableciendo al mismo tiempo diversos grados de penas y premios. Las almas de los hombres malos están condenadas á habitar cuerpos de animales hasta su completa purificacion, llegada la cual les es permitido volver á animar cuerpos humanos.

Los templos de ambas sectas se hallan ordinariamente establecidos fuera de la ciudad, en colinas y paisajes encantadores, á los cuales conducen sendas cubiertas de hermosos árboles, como si con esto quisieran espresar que han querido, por medio de los mas seductores efectos de la naturaleza, disponer á los

hombres á que adoren con mas placer á quien es autor de todo lo creado.

Ademas de las dos sectas de que acabamos de hacer mencion, existe un gran número de discípulos de Confucio, que son muy respetados por los sintoistas y budhistas, aun cuando no adopten sus opiniones. Reconocen estos un alma universal que anima todo el universo, y juzgan que los demas cultos son inútiles; pero en cambio practican las virtudes con celo, que es realmente uno de los mejores homenajes que rendirse pueden á la divinidad.

El gobierno del Japon se divide en dos brazos, uno temporal y otro espiritual. El soberano, en el concepto de lo primero, se llama koubo, y en otras épocas compartia su autoridad con el dairi, que es el soberano espiritual; pero ahora él solo es el rey, aunque su poder está limitado por un consejo, compuesto de las personas principales de la nacion. El es quien nombra todos los gobernadores y quien exige cuentas de su conducta, y el que los castiga si no han cumplido con sus deberes. Sus rentas suben á mil millones y mantiene un ejército de cien mil hombres de infantería y veinte mil de caballería.

El dairi reside en Meaco, ciudad de la misma isla de Nifon, que es muy grande, comercial, y tiene cerca de seiscientos mil almas. El palacio del dairi es de piedra tallada, está muy fortificado y ninguno puede acercarse á él. El príncipe, á quien se tributa tanto respeto como si fuese realmente el vicario de la divinidad en la tierra, y á quien se rinde una especie de culto, no sale casi nunca de su magnífica prision. Cuando quiere pasear, va en brazos de sus sirvientes, los cuales evitan lo mas que pueden que su augusto señor toque la tierra, porque sin duda esta no es digna de tan grande magestad. Como no puede vérselo jamás, hay señales convenientes que indican al transeunte su aproximacion, y siempre es en sus jardines donde este triste y magestuoso soberano verifica sus paseos. Cuéntase que el interior del palacio es de la mas notable magnificencia, y solo componen la corte los parientes y personas á quienes el príncipe dispensa los favores, pues el resto del pais debe ignorar cómo es su figura y persona, y ni aun su nombre es lícito saber sino mucho tiempo despues de su muerte. Forzoso es evitar que algun mortal impuro toque lo que le haya servido, por lo cual se quemán sus vestidos, que solo usa una vez, y hasta la vajilla en que se le acaba de servir su alimento.

El comercio del Japon es bastante considerable. Los portugueses que descubrieron este pais fueron por espacio de cien años los únicos europeos que comerciaron con él; despues vinieron los españoles é ingleses, y desde 1641 los holandeses, segun un tratado hecho con el emperador del Japon, tuvieron derecho de abordar aqui con los chinos, aunque cuidando de que fuesen en corto número, y tomando otras precauciones. Son recibidos en Nangasaki, pero no penetran en el interior del imperio. El hijo del Japon no puede, bajo pena de muerte, abandonar su pais.

Las principales ciudades del Japon son: Yedo, en la isla de Nifon, que tiene ciento treinta y tres miriámetros de longitud, y cuarenta en su mayor latitud. Está muy sujeta á huracanes, que en 1800 la devastaron; es la capital del imperio y residencia del koubo, el cual tiene un palacio magestuoso y soberbio, segun se dice, de doce kilómetros de circuito. Se compone este edificio de dos cuerpos que vienen á formar

dos palacios exteriores, y de un tercero que constituye el centro, y es la habitación del monarca, flanqueado por otros dos palacios pequeños, con grandes jardines á la espalda. El tesoro del soberano está guardado en un aposento, cuyos techos son de cobre y las puertas de hierro, á fin de preservarlo del fuego. El salon llamado de las *Cien esteras* tiene cien metros de longitud sobre noventa y ocho de latitud. Las puertas y los dinteles se hallan cubiertos de planchas doradas, y en los techos hay dragones de oro; pero todo lo demas del mueblage se reduce á esteras blancas guarnecidas con franjas de oro. La biblioteca imperial, segun Balbi, puede contener ciento cincuenta mil volúmenes. Los autores japoneses conceden á Yedo doscientas ochenta mil casas y valúan en un millon trescientos mil el número de sus habitantes. Aquí residen los altos feudatarios del imperio, sus familias y numerosas servidumbres. Otra plaga á que esta inmensa ciudad se encuentra sujeta son los incendios.

Meaco ó Miaco, al Sudeste, es, como hemos indicado antes, la residencia del daïri, cuya córte la compone una especie de academia que tiene por objeto cultivar la literatura, las ciencias y las artes. Esta ciudad ofrece los mas notables monumentos del Japon, del cual fué largo tiempo la capital. El templo de Fô-Kosi, es célebre en todo el imperio por la estátua colosal de Daïbouts ó Gran Boudha. Esta estátua, dice Klapproth, representa á Daïbouts sentado al uso indio sobre una flor de loto. Primeramente era de bronce dorado, pero habiéndose maltratado sobremanera por el terremoto de 1662, se la reemplazó con otra de madera forrada de oro, la cual tiene veinte y siete metros de altura. El interior del templo es de cedro. En un edificio situado en las cercanías de este se encuentra la campana mas grande que se haya conocido en el mundo: tiene cinco metros y medio de altura, y pesa mas de un millon de kilogramos. Meaco debe encerrar por lo menos quinientos mil habitantes, y la industria y comercio están en esta ciudad como en su centro.

Las otras poblaciones del Japon que merecen ser mencionadas son: Matsmai (ciudad del Estrecho) capital del departamento de su nombre. Es un hermoso puerto con una fortaleza inaccesible por la parte de tierra: Tarakai ú Oukou—Yeso, que está separada de la isla de Yeso por el canal de la Perouse, llamado asi porque fué descubierto por el infortunado navegante de este nombre: Nangasaki, el único puerto en que es permitido hacer anclas á los buques extranjeros, aunque no pueden los japoneses, como hemos dicho, comerciar sino con los holandeses y los chinos: y Sanga, célebre por su porcelana, cuya transparencia no tiene igual.

«Los japoneses, dice cierto sábio, son el pueblo mas hábil y culto del Asia, y una nacion noble, valiente, ingeniosa, que lo comprende todo fácilmente, que cultivan con fruto las ciencias y que no estiman ni envidian de otros países sino los conocimientos y los adelantos científicos de que ya participan bastante por su contacto con los europeos.»

La educacion, por ejemplo, se halla bien dirigida en aquel país. Desde la mas tierna edad enseñan á los niños á leer y escribir: instrúyenlos en la religion, en la historia de su país, y les dan algunas nociones de geografía. Mas tarde y cuando principian á ser adolescentes, los inician en el arte de la guerra. Lo mas importante es que los acostumbran desde luego á tener

paciencia, modestia y civilidad: los japoneses llevan estas virtudes hasta un grado inconcebible, y hemos visto muchas veces la prueba de ello.

Los japoneses miran como una grosería el disputar en voz alta. Sostienen sus proposiciones con formas cultas y una multitud de precauciones oratorias, como si desconfiasen de su propio juicio. Jamás hacen reconvencciones directas: se sirven de espresiones escogidas y recurren con frecuencia á ejemplos y analogías, de que os dejan el cuidado de sacar la conclusion.

Los personajes opulentos tienen brillantes trenes. Los carruages de los príncipes y de los grandes señores tienen la antigua forma de las carrozas europeas: los holandeses son los que los han introducido en el Japon. Algunas veces suelen servirse para el tiro de caballos, pero lo mas comun es los búfalos. Los señores japoneses son prudentes y temen la fogosidad de los caballos. Por lo regular, lo que mas usan son unas sillas de manos llamadas *norimones* y *cangos*.

Los japoneses montan tambien á caballo, pero se creerian deshonrados si manejasen por sí mismos las riendas; un criado lleva al animal de la brida.

«Ví una vez al gobernador de Mastmai, dice un viagero, que iba á caballo á un templo en donde se celebraba una ceremonia en accion de gracias todas las primaveras, y á la cual tenia obligacion de asistir. Habíante precedido el sumo sacerdote, el clero y los oficiales que debian llegar antes que él. Se adelantó sin ceremonia, y con una comitiva poco numerosa que le seguia á pie.

»El bocado del caballo, en vez de bridas, tenia dos cintas de color azul celeste, que llevaban á cada lado dos criados colocados junto á la cabeza del animal; las puntas de ellas las tenian en sus manos otros dos criados, que marchaban de frente á alguna distancia, por manera que aquellos cuatro hombres ocupaban todo lo ancho de la calle; en las grandes ceremonias se aumenta el número de los criados.

»La cola del caballo estaba cubierta con una tela de seda de azul claro. El gobernador, con el mismo trage que vestia diariamente y con la cabeza descubierta, iba colocado en una silla muy rica; apoyaba los pies en estribos de madera pintada y muy anchos, que parecian unos cofrecillos (1).

»Los criados que llevaban las riendas del caballo, gritaban continuamente; *chai! chai!*... es decir, despacio, despacio (2): tiraban al animal de modo que le hacian caracolear y producir movimientos muy bruscos; de suerte que el gobernador tenia que agarrarse con las dos manos á la silla para no perder el equilibrio. A poca distancia, y delante de aquel magistrado, marchaban en una misma fila algunos soldados, mandados por dos sargentos; gritaban á cada instante que hiciesen lado, aunque no hubiese gente. Detrás del gobernador iban unos porta-estandartes, que llevaban en unos estuches las insignias de su dignidad. Esto queria decir que el gobernador solo iba de incógnito á la ceremonia.»

«Los japoneses son los hombres mas alegres del mundo; jamás los he visto tristes. Hablan continuamente y entienden perfectamente las chanzas; nunca dejan de cantar cuando trabajan, y aun se sirven de

(1) En España y Portugal hay estribos semejantes á los de los japoneses; no son muy elegantes, pero si bastante cómodos.

(2) Cuando quieren que el caballo ande de prisa, le gritan: *tsy, tsy*.



Una boda en el Japon.—Copia de un relieve: primer trozo.

compás para arreglar sus movimientos. Asi es que los remeros y los obreros, que levantan fardos muy pesados, trabajan con cadencia.»

Los japoneses son muy aficionados á la música y el baile; tienen un instrumento parecido al arpa, una especie de violin y varias clases de flautas y tambores.



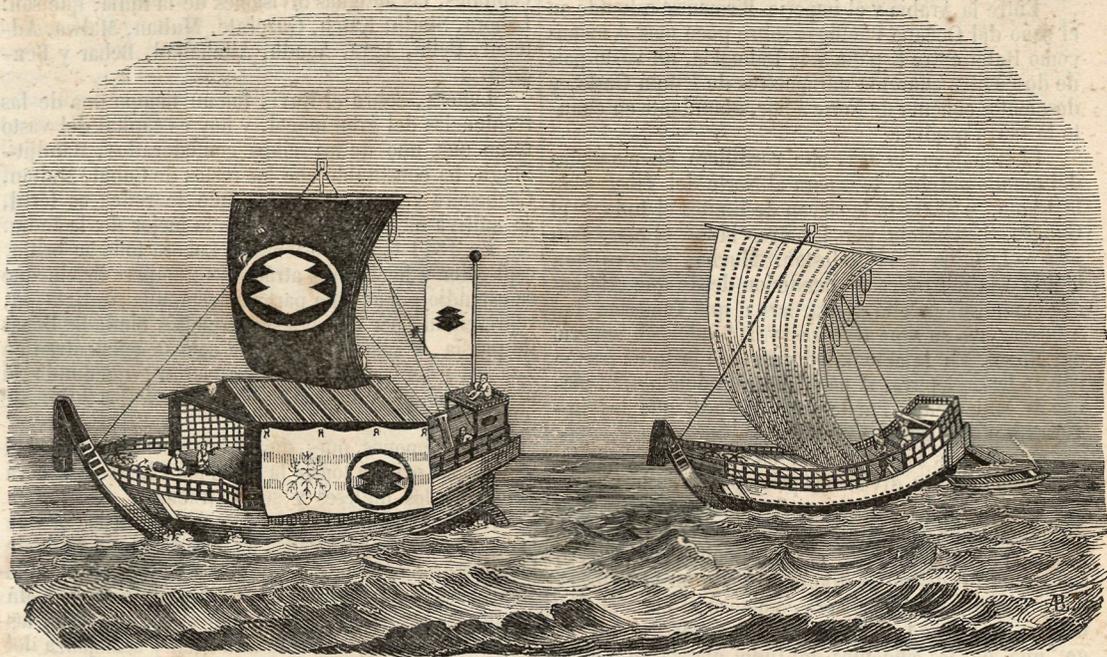
Una boda en el Japon.—Copia de un relieve: segundo trozo.

A pesar de la jovialidad natural de este pueblo, sus canciones son melancólicas y tiernas. Los gestos del cantor corresponden siempre al sentido de las palabras; por manera que hacen contorsiones en extremo ridículas. Estas gesticulaciones son á veces insoportables, porque van acompañadas de movimientos convulsivos de los ojos y de la frente. Con frecuencia el cantor afecta una alegría burlona, ó bien rie y llora á un mismo tiempo.

En las bodas japonesas hay un uso muy raro, cual

nas ricas, que entre las de la clase media é infima. Los príncipes, los nobles y los habitantes ricos tienen á sus mugeres encerradas casi continuamente, y no admiten á su lado á ningun hombre, como no sea pariente muy próximo. Sujetan á las mugeres á tan penosa clausura por orgullo y buen tono, mas bien que por verdaderos celos.

Las mugeres de condicion inferior tienen la facultad de ver á sus parientes y amigos, y aun de presentarse sin velo en las calles y otros sitios públicos.



Barcas Japonesas.

es el de pintar con color negro los dientes de la jóven esposa, que quedan así el resto de su vida: esta es la señal distintiva de las mugeres casadas ó viudas.

Cuando nace un niño, plantan en el jardín ó en el patio cierto árbol, cuyo desarrollo corresponde al número de años necesario para que un hombre sea adulto: cuando se casa cortan el árbol, y el tronco y las ramas sirven para construir baules y el armario destinados á ser el guardaropa del nuevo casado.

Las leyes del país prohíben el matrimonio entre hermanos; pero los demas grados de parentesco no tienen prohibicion alguna.

Diremos en seguida como se celebran las ceremonias de una boda japonesa.

Abre la marcha un hombre armado con una lanza, que representa bastante bien á un suizo con su alabarda.

Detrás de él van varios hombres, unos á caballo y otros á pie. La figura mas estraña es la del segundo ginete, cuyo gorro se parece á los que usaban antiguamente las señoras francesas. El carro que sigue está tirado por búfalos, y en él va la novia, que se abstrae á todas las miradas. Este carruaje se halla adornado con ricas colgaduras: á su lado van los parientes mas próximos de la casada.

Por lo general, los japoneses son muy celosos; pero este defecto es mucho mas comun entre las perso-

Sin embargo, no se atreverian á admitir á ningun hombre estando ausente su esposo.

Por lo demas, los celos de los japoneses no podrian compararse á los de ningun otro pueblo del Asia: no tienen nada de la ferocidad de los eunucos y de los serrallos de los orientales.

Apenas son maridos un poco severos en comparacion de estos últimos (1).

(1) Completamos este capítulo con algunas esplicaciones sacadas de la obra del P. Charlevoix.

«El emperador en sus dominios y los reyes ó príncipes en sus estados hacen todos los matrimonios de las personas que componen sus córtes. Las mugeres que se reciben de mano del soberano son tratadas con mucha distincion; constrúyenlas palacios soberbios, y las dan habitaciones que pudieran honrar á una reina.

»Las doncellas que las destinan, las eligen con mucho cuidado, y sirven con una modestia y habilidad estremadas. Se las divide en grupos de diez y seis; cada uno de ellos tiene una dama que le manda, y hacen el servicio alternativamente y segun el órden establecido. Los grupos ó cuadrillas se distinguen por el color de sus vestidos. Por lo comun, estas jóvenes, que en su mayor parte son de las mejores casas del país, se comprometen por quince ó veinte años, y muchas por toda su vida. Regularmente son muy jóvenes, y cuando han servido hasta la edad de veinte y cinco ó treinta años, las casan segun su condicion.